

Título: ACERCA DE LA LIBERTAD

Autor: P. Mario Romero I.

Tipo: Apuntes

Fecha: 18 de septiembre de 1998

Categoría: Persona y sociedad

Materias: libertad; masificación

Introducción

Esta reflexión acerca de la libertad quiere ser un aporte al trabajo que actualmente está realizando la comunidad educativa de nuestros Colegios Monte Tabor y Nazaret sobre este tema. Intenta ofrecer algunos aspectos a la discusión y poner algunas bases para decisiones de orden pedagógico práctico. No se trata aquí de un resultado final sino de un momento en la discusión. Seleccioné algunos aspectos relevantes que están abiertos a una mejor precisión y a ser complementados con otros acentos. El intercambio -como siempre- nos mejorará a todos.

1. El hombre como ser libre

Dios crea al hombre como una persona. Lo hace enfrentar la realidad desde un centro personal, desde una propia interioridad. Él vive a partir de un propio interior que es capaz de conocer y de amar. El ser humano es entonces por esencia portador lúcido y activo de su propia existencia. En este sentido Dios ha regalado al hombre algo que es propio de Él: enfrentar la realidad desde un centro personal espiritual. Así surge el hombre que, con conciencia de sí mismo, es capaz de ser sujeto de su historia.

El ser persona le entrega al hombre un grado de posesión de sí mismo y una capacidad de disponer de lo propio, de determinar su camino. Éste es el lugar de su libertad. Si bien esa libertad no es absoluta -él no es Dios- sino relativa (porque él ha recibido su existencia y su vida de Otro), su libertad es suficiente para que sus actos sean propiamente humanos y propiamente suyos. El hombre está llamado a desarrollarse como protagonista de su propio destino. La libertad de la persona humana consiste entonces en primer lugar en esta capacidad del hombre de asumir su propia vida.

El poseer una consciencia propia y original no transforma al hombre en una isla. Él se yergue en la creación como un interlocutor real para todo otro ser. La propia identidad, lúcida y asumida, no ha de llevarlo al aislamiento sino que constituye la posibilidad de entrar en diálogo con la realidad. Es una capacitación para generar puentes entre su interioridad y el resto de la creación. Al crear al hombre como persona, Dios lo hace capaz de establecer relaciones personales en las cuales todo su ser entra en contacto con el ser de otros. La persona humana posee esencialmente esa capacidad de comunicarse. Desde lo hondo de su propia existencia el hombre se abre a la existencia de otros para que se produzca un maravilloso traspaso de vida. Esto encuentra un punto culminante en el diálogo con el Dios vivo que la Biblia ha denominado Alianza.

La relación con otros alcanza su plenitud en la gestación de un vínculo de amor. Contemplamos el amor como la realidad de vivir con otros, para otros y en otros. Esta realidad acontece como un vínculo que puede unir con fuerza y alegría en cada uno de nosotros lo instintivo, lo afectivo y lo espiritual para abrir todo nuestro ser a la experiencia comunitaria. Aquí aparece el sentido de la libertad: Dios ha hecho al hombre libre, es decir capaz de asumir su propia vida y de disponer de sí mismo, para que pueda donarse. Sólo quien se posee, puede regalarse. (“Nemo dat quod non habet”, decían antiguamente). La libertad es la necesaria condición del amor.

Nadie podrá por ello agredir la libertad del hombre sin poner en grave peligro su realización como persona ya que el camino al amor (y por ende a la vida plena) pasa siempre necesariamente por el desarrollo y el ejercicio de la libertad. Pero habrá que tener también siempre presente que el amor constituye el sentido de la libertad. Sólo en el amor la libertad encuentra sentido.

2. La libertad como tarea personal

En la vida humana la libertad es una realidad fundamental (imborrable, inevitable) pero amenazada. La fragilidad de la existencia humana en este ámbito trae consigo desafíos permanentes. Nos referiremos fundamentalmente a tres de ellos.

1. El primer peligro es una débil constitución del sujeto. El espacio interior de cada uno crece o decrece. En el transcurso de nuestra vida la existencia de una interioridad vigorosa no está garantizada. Normalmente no desaparecerá nunca del todo, pero el hombre puede llegar a altos grados de enajenación. En esto influyen sustancialmente el miedo (o la renuncia) a la libertad y la presión masificadora del medio ambiente. Una primera tarea consistirá entonces en el fortalecimiento de la interioridad de la persona y de su capacidad de constituirse en portador de su existencia. Este desafío es especialmente agudo en la educación de niños y jóvenes, donde esta realidad está desarrollándose en sus fundamentos, en sus rasgos constitutivos. Una existencia madura conoce el silencio y la oración, y ellos son también armas indispensables en el fortalecimiento de la raíz de nuestra personalidad. En general, es prioridad pedagógica en este plano una declarada guerra a la masificación.

2. Poseerse a sí mismo implica asumir la propia existencia. Un primer rasgo central de esa sana posesión de sí mismo es el conocimiento de sí mismo. Un adecuado conocimiento de la propia persona, de sus talentos y límites, del proyecto que ella encierra y la misión que ha recibido, es el fundamento para la valoración de sí mismo, para la aceptación y el desarrollo de la propia forma de ser. En la visión cristiana del hombre lo central en la vida de cada uno son sus talentos. El sentido de la vida es, en último término, conocer los dones que Dios le ha dado a cada uno, desarrollarlos y aprender a compartirlos en el amor. La libertad es la capacidad de actuar lúcida y positivamente sobre mi propia vida para conducirla a esa plenitud de amor que es mía, original e irrepetible.

3. Un tercer desafío junto a los dos anteriores (junto a las tareas de fortalecer al sujeto y de desarrollar los talentos) consiste en la superación de la actitud egoísta. Porque si bien una personalidad fuerte y libre está en óptimas condiciones para la donación de sí mismo en el amor, ella puede cerrarse y no abrirse a relaciones personales verdaderas. En vez de poseerse para donarse, ese hombre se posee para retenerse. Con esto pervierte el sentido de la libertad, se acarrea infelicidad por la ausencia del amor y debilita crecientemente su propia libertad. Estamos en presencia del misterio del pecado, como hecho histórico y como posibilidad personal. De allí que el máximo desafío de toda pedagogía consistirá en la educación de la libertad. La meta será siempre el hombre libre capaz de amar y gestor de vínculos personales. Nos guía la máxima: libertad en cuanto sea posible, obligaciones las mínimas necesarias y sobre todo cultivo del espíritu, entendiendo por esto la necesaria educación al correcto uso de la libertad. Los caminos de educación de la libertad revelan la calidad y la madurez de una pedagogía.

3. La dimensión social o comunitaria

En realidad ya nos hemos referido a este punto puesto que a la libertad de la persona, así como ha sido expuesta, le pertenece esencialmente una dimensión comunitaria. Libertad es la capacidad del sujeto para poseerse y donarse. Libertad es la fuerza de la personalidad para entrar en comunicación de vida. La libertad es esencialmente comunitaria porque su sentido es el amor. Pero queremos detenernos aquí en un aspecto particular: la especial importancia de la comunidad como ambiente de libertad.

La libertad como libertad de las personas necesita la existencia de una comunidad que la permita, la fomente, la asegure y la oriente. Si ésta no existe, la libre determinación del individuo puede seguir existiendo en un cierto grado, pero se hace crecientemente inoperante, impotente e infecunda. Puede incluso llegar el caso de que la libertad de las personas termine por ser puesta radicalmente en el peligro de una inexistencia práctica.

Es, entonces, de la más alta relevancia la generación de una comunidad que promueva la existencia y el desarrollo de personalidades libres. Este criterio es decisivo al evaluar el tipo de relaciones que se producen, las estructuras que se crean, los premios y sanciones que se establecen, el ambiente y el estilo que se fomentan. La atmósfera comunitaria, además, es clave en la educación de esa libertad hacia el amor y los vínculos. En ello juega un rol especialmente gravitante el trabajo con ideales y con corrientes de vida, así como con todos los medios pedagógicos adecuados a ese fin.

4. La realización de la libertad

Al referirnos aquí a la realización de la libertad en la vida de cada uno, queremos acentuar dos aspectos: en primer lugar, el amor como condición de la libertad y en segundo lugar, la capacidad de realizar las decisiones tomadas libremente.

1. En el desarrollo de la persona humana el surgimiento y la consolidación de la libertad tienen una condición. La libertad (unida de suyo a la constitución del sujeto y dependiente de la fortaleza de la persona para asumir su propia vida) crece en cada hombre a través de la experiencia de ser amado. En realidad, el amor no es sólo el sentido de la libertad sino también la condición de su desarrollo. El amor que recibimos nos hace fuertes para aceptar nuestra existencia con alegría, para valorar nuestra originalidad y para atrevernos a desarrollar todas nuestras potencialidades generando vínculos de amor estables.

Por eso juega un rol importante en el surgimiento de personalidades libres la experiencia de filialidad. El vínculo filial, es decir esa relación personal a un padre, madre o autoridad que transmite al hijo la experiencia de ser amado sin condiciones, es constituyente de la personalidad y fundamento de su capacidad de amar. Por eso afirmamos que el vínculo filial es fundante respecto a los demás vínculos. Esto vale en primerísimo lugar para la experiencia frente a toda autoridad humana y se satisface plenamente en el encuentro filial con Dios. Sostenemos que, por una parte, el camino normal para que cada uno se encuentre con el amor de Dios es la experiencia de amor humano y que, por otra parte, cada uno ha de encontrarse con el amor de Dios para reposar en un amor definitivo y plenificar todos sus amores.

2. Es importante también percibir que en los actos libres que manifiestan día a día la libertad individual, se puede distinguir dos aspectos propios de esa libertad. Lo primario en la realización de la libertad es la capacidad de decidirse y lo secundario (aunque también esencial) es la capacidad de realizar lo decidido. A menudo la debilidad se encuentra en el segundo aspecto. Decisiones que emergen de la profundidad del sujeto y que están orientadas a la donación de su persona en el amor, no logran llegar a ser realidad. Se trata de ocasiones en que la persona quiere pero no puede hacer algo. Sustancial resulta entonces buscar caminos para ayudar a la realización de las decisiones. En esto, como en todo este tema, tiene un lugar central la educación de la voluntad.

5. Dios y nuestra libertad

Nos hemos referido permanentemente a Dios. No vamos a repetir aquí lo ya afirmado. Sólo queremos agregar breves reflexiones acerca de la gracia y de la persona de Cristo que atañen a nuestro tema.

1. Dios nos ha creado libres para que la libertad se convierta en el camino del amor, es decir para que crezcamos como hombres libres hacia la plena y madura experiencia del amor. En Cristo nos ha regalado una participación nueva en la libre plenitud de su propio amor divino. Dios mismo viene a nosotros para hacernos libres como Él y capaces de amar con su Amor. Por el gratuito amor que nos tiene nos ha concedido el don de su Espíritu, que nos hace libres como hijos para amar como Él ama. La persona humana adquiere así una dignidad divina. La gracia de Dios nos hace capaces de vínculos sobrenaturales. Se constituye en fundamento de una nueva vida y de las relaciones que se van gestando en nuestra existencia.

A la luz de esto podemos reconocer claramente en la libertad humana una capacidad del hombre para asociarse con Dios. El ser humano posee la fuerza para reconocer el querer de Dios y constituirse en su aliado. Dios ha regalado al hombre la libertad como una invitación a participar en la conducción de la propia historia y la historia de la humanidad.

2. Cristo viene a hacernos plenamente libres. La aparente paradoja de un hombre clavado a una cruz y sin embargo libre, se ilumina desde el sentido de toda libertad. Se trata en último término de asumir la propia existencia para la plenitud del amor. Libremente acepta Cristo el despojo de su libertad exterior, libremente incluso la agresión y el aniquilamiento personal. Cristo se entrega del todo por amor. Si lo más precioso que alguien tiene es su propia libertad, su máxima entrega será la experiencia de donación de este tesoro. Como testimonio de su entrega queda su frase: “Nadie me quita la vida, yo la entrego libremente”. Por amor a nosotros Cristo muere libremente en la cruz y abre el camino a toda donación de sí mismo hasta el extremo. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”. Nuestra propia y libre donación personal se hace en Cristo, en la fuerza redentora de su amor, también cooperante de esa redención. La solidaridad de nuestra entrega revela y sella el carácter radicalmente social y comunitario de nuestra libertad.